

LA MUJER DEL SUETER ROJO

LA mujer del suéter rojo abrió la puerta de la cafetería. Todavía detenida en el umbral, cucó los ojos maquillados, un tanto miopes, por manejar más cómodamente el rápido y oportuno vistazo, barrido de cámara que alcanzó la totalidad del salón. Se decidió al fin por un asiento libre junto a aquel amplio ventanal, como luna del gran acuario de la calle, como cinemascope que le acercaba un anodino nocturno urbano de fachadas de cemento y gentes apresuradas, que a la mujer del suéter rojo nada le decía, pero bajo cuyos focos de mercurio alguien que ella esperaba con nerviosa turbación iba a aparecer de un momento a otro.

Se le acercó un camarero. La mujer del suéter rojo dudó unos instantes entre solicitarle una manzanilla o un poleo. Optó, al fin, por un café.

—Descafeinado, por favor.

Advirtió enseguida que, desde la mesa contigua, un vejete de catadura bonachona, ancho de panza y coloradote de nariz, que a la mujer del suéter rojo le recordaba un achispado papá Noel, la envolvía en el celofán de una golosa mirada, detalle que ella vino a agradecer vivamente. Saberse apetecible aún, percibir que el ojo ajeno podía descansar, todavía a gusto, en aquella óptima arquitectura melocotonera de su anatomía, constituía para la mujer del suéter rojo un signo enteramente positivo que, de algún modo, venía a serenarle ánimos y voluntades. Mientras le preparaban el café, buscó en su bolso aquel pequeño espejo redondo que tenía algo de espejo de madrastra de Blancanieves. Se preguntó si aquella



mujer de ojos sitiados por múltiples aunque apenas perceptibles arrugas, si el rostro un poco cansado que le sostenía la mirada desde dentro de aquella medalla de gastados alindes, correspondía a la lejanísima muchacha de guateque dominical, Instituto y "Dúo Dinámico" pinchado sobre el picú, soliloquio de urgencia interrumpido inmediatamente por la bulliciosa presencia del grupo rock que actuaba a las once en la plaza de toros, que ocupó dos mesas cercanas, solicitando enseguida aquel catálogo tentador, en gayo colorín, de los platos combinados.

El más joven de los camareros vino a atenderles con adulatora urgencia, complacido de codearse, de tú a tú, con la grey del más popular conjunto rock.

—Si puedo, pido permiso luego para ir al "show". Os llevaré el último "single" para que me echéis una firma, ¿vale?

—Mira, lo que tienes que hacer es servirnos lo antes posible, ¡Menuda hora se nos ha hecho con el follón del montaje y las pruebas de sonido!

Hablaba el líder, el rey del rock, mosca perdido con la empresa contratante, totalmente irresponsable, unos "chorizos".

—Sírvenme a mí primero, oye, que tengo que controlar la taquilla —pidió la "groupy", Hermana Mayor de las "fans" del conjunto, una chica sin maquillar, de melena ensortijada y áureas cadenas de chatarra, ligada al parecer al batería.

—Tampoco te lo tomes así, tía —le aconsejaba alguien, enternecido por los desvelos de aquella muchacha entregada en cuerpo y alma a su fanático papel de "groupy". Se veía que, en el fondo, todos le habían tomado cierto afecto.

—Bueno, hay que mirar la "pela", ¿no? —redondeó el líder, solicitando enseguida a voz en grito, unas aceitunas rellenas, unas almendras saladas, para ir picando.

La mujer del suéter rojo sentíase, de algún modo, alcanzada por aquella ola de vitalidad, por aquel manotazo limpio y caliente de juventud, una especie de fascinación biológica emanada del grupo. Por unos instantes, desatadas las imaginaciones, se veía incorporada al elenco, como una "groupy" más, cofrade del rock duro, cara al viento libre de las carreteras y de los pueblos de la ruta rockera, en solidaria camaradería con los compañeros, sin otros tabúes que los impuestos por la responsabilidad de dar la cara ante los "fans" que aplauden, gritan y se descoyuntan bajo el rayo láser. La circunstancia de haber nacido anticipadamente, había privado a la



mujer del suéter rojo de muchas y apetecidas ventajas. De pronto, sin entender por qué oculto razonamiento, se le desempolvaban los viejos días de la juventud perdida, se le ponía en pie la suma de todos sus vetos e inhibiciones, los "no bagas esto", los "vedados", los "prohibido". Recordaba de haberse confesado incluso el pecado gordo de bañarse en biquini, cuando los días en que la niñez todavía no se había ido del todo, los días de vino y rosas de los antiguos veranos de playa, "manhattan" y picú, con el bonito juego de buscarle a la luna llena, reflejada sobre la piel del mar, su greguería más caprichosa e insólita: moneda de la noche, medallón de plata, polo de anís, pastora del firmamento, y, todavía más metafóricas que no recordaba. Los "noes", los "tabúes", enseguida. El día que el suramericano la besó apretadísimo entre las rocas, en la excursión al faro, creyó que sobre su biografía se vertía la tinta china de los grandes descocos, algo así como la sombra densa y venenosa de una Ninón de Nenclos o de una Lucrecia Borgia.

Venía el camarero, sosteniendo muy airoso el primer plato combinado en el que se conjugaba el amarillo japonés de los huevos escalfados con la veta sonrosada, carmín de granza, del jamón a la plancha, todo un completo tema para bodegón de almanaque plastificado.

—¿Quién ha pedido el plato número tres?

—Aquí.

Añadió la "groupy", todavía:

¡Qué pinta tiene esto, tío! Agua se me hace la boca.

Se la veía venturosa, jocunda. Contemplando a la "groupy", la mujer del suéter rojo advertía que se trataba de una muchacha "realizada", vocablo que a ella le provocaba, no sabía por qué confuso razonamiento, una misteriosa y oscura nostalgia, la nostalgia de algo que precisamente no había conocido nunca pero que siempre acababa por levantarle, allí, justamente en la plaza mayor del corazón, un oleaje de desazones.

Ahora, la mujer del suéter rojo también iba a "realizarse", huyendo —¡Dios, qué palabra más fea!—, uniéndose sentimentalmente debía decir, así quedaba más discreto, más en término de revista del corazón, uniéndose, decía, a aquel hombre, tan injustamente desgraciado en su matrimonio, el último de Filipinas, la verdad por delante, que la iba a liberar a ella de la soledad, de la rutina de sus jornadas aburridísimas, largas como serpentinatas, de aquella oficina en forma de ataúd; del tristísimo horizonte, más tarde, de las excursiones de la tercera edad y los bailes de disfraces en el



Hogar del Pensionista; un hombre soñador, calvo, eso sí, cabeza monda y lironda, que dentro de unos momentos abriría la puerta de la cafetería dirigiéndose a ella para solicitarle cumplidamente el perdón por su tardanza. No él, otro señor calvo, no mal parecido, correctamente vestido, avanzaba ahora hasta su mesa, tomando asiento frente a ella:

—Perdón, señora. Estoy en paro desde hace muchos meses. Tengo tres hijos menores y una mujer enferma, a punto de dar a luz. Usted es muy dueña de sospechar que mi caso es una vulgar historia inventada, una novela barata para sorprender la buena voluntad del prójimo.

—No, yo no pienso nada...

Se había sentido conmovida por aquella veta de turbación y desvalimiento, advertida en la mirada del hombre. No resistía ser testigo de penas. Esto la perdía. En la oficina resultaba ser siempre el paño de lágrimas de muchos compañeros. Abrió el bolso y, apartando cuidadosamente unos billetes grandes, los violetas tirando a malva, como un atardecer de Juan Ramón, prendió entre el pulgar y el índice un par de billetes de veinte duros.

Se iban los del rock, despedidos un tanto servilmente por el camarero joven. En la mesa contigua el señor que le parecía a papá Noel ni siquiera podía atender al parado —“Usted perdone, hermano”—, pues andaba en nerviosos trámites de contratación con aquella morena de buen ver, ciertamente aparatosa, que a última hora se había sentado a su mesa. La mujer del suéter rojo lo escuchaba todo sin pretenderlo, al modo del día en que oyó en la iglesia, por supuesto que sin voluntad de escucha, la confesión de la intachable doña Mercedesitas: “Me acuso de engañar a mi marido con el vecino del segundo, izquierda”.

—Seis mil del ala o naranjas de la China.

—Cuatro mil.

—¡Jo, con el Onasis!

Aquel era un tira y afloja entre el papá Noel y la morena de buen ver, una feria de Jerez en la que se jugaba la operación amorosa de la noche y en la que, al fin, nadie iba a salir perdiendo:

—Ni tu oferta ni la mía, maja. Cinco, ¿vale?

—Vale.

Se fueron. Clareaba el bar. También en la calle había menguado el tránsito. Alguien que vendía aguardando impacientemente la mujer del suéter rojo podía aparecer dentro de unos instantes. Llamó. Vino el ca-



marero joven al que, pagada la consumición, le obsequió con un duro que el otro agradeció maquinalmente, todavía masticando los últimos reductos de una cena precipitada en la cocina, por llegar más pronto al festival rock, de la plaza de toros.

Poco a poco, la cafetería se iba quedando vacía. Una pareja de novios cuchicheaba todavía en la barra. Pasaron luego junto a ella, besuqueándose. Llegó la mujer de la limpieza, con su delantal azul, y comenzó a colocar los asientos, patas arriba, sobre la superficie de sus respectivas mesas, y un aire de provisionalidad, de día de mudanza, se extendió por la sala. Al otro lado del cristal, la calle aparecía desierta, inmovilizada como en una de esas fotos fijas del cine o la televisión.

El último camarero se acercó hasta la mesa de la mujer del suéter rojo para decirle cortésmente:

—Lo siento, señora, hemos de cerrar...

—¿No podría esperar unos momentos más, hasta que la señora de la limpieza termine? Es que, ¿sabe usted?, estoy esperando a alguien.

—¡Ay, no, la medallita, no, que es un regalo de él!

Luego, pasada la medianoche, cuando la esperanza de que el hombre apareciese había perdido pie, cerró la cafetería. La mujer del suéter rojo comenzó a caminar despacio, totalmente derrotada, abatida por una mortal congoja, aceptando dolorosamente, en una dramática resignación, el tristísimo destino que en el último minuto había decidido al hombre a tomar la determinación de prescindir de ella, remitiéndola de nuevo a la soledad de su piso, a sus tediosas horas de la oficina, a tantos y tan tristes desamparados. Cruzó despaciosamente por el paso de cebra. Al volver una esquina, alcanzó en el cielo la estampa de aquella galleta maria de sus veranos de la juventud, cuando gustaba jugar a encontrarle a la luna su tropo más peregrino. Percibió entonces, inesperadamente, el tacto de una mano sobre el hombro izquierdo. Volvió rápidamente la cabeza, por unos segundos renacida la ilusión imposible. Era el hombre que antes le había solicitado un donativo en la cafetería:

—¡Rápido: los pendientes, el reloj, el bolso...!

—¡No, por favor!

—Lo siento, señora, créame que lo siento.

Aunque de verdad parecía sentirlo, aún le solicitó su medalla de oro, prendida de una frágil cadena semioculta en la golosa vecindad de los senos.



Resuelto el lamentable trance rápidamente, a punta de navaja, la mujer del suéter rojo continuó andando maquinalmente, calle adelante. De vez en cuando se cruzaba con algún coche veloz, con un apresurado transeúnte, con una ruidosa moto que taladraba, inmisericorde, la noche. De algún "pub" le llegaba el eco amortiguado de un microsurco. Había decidido no derramar una sola lágrima hasta no llegar a casa, hasta no caer de bruces sobre la soledad de su cama, como tantas veces había visto hacer a las protagonistas de aquellas películas en tetracolor, algo pasadas de moda, en el cine del barrio.

